


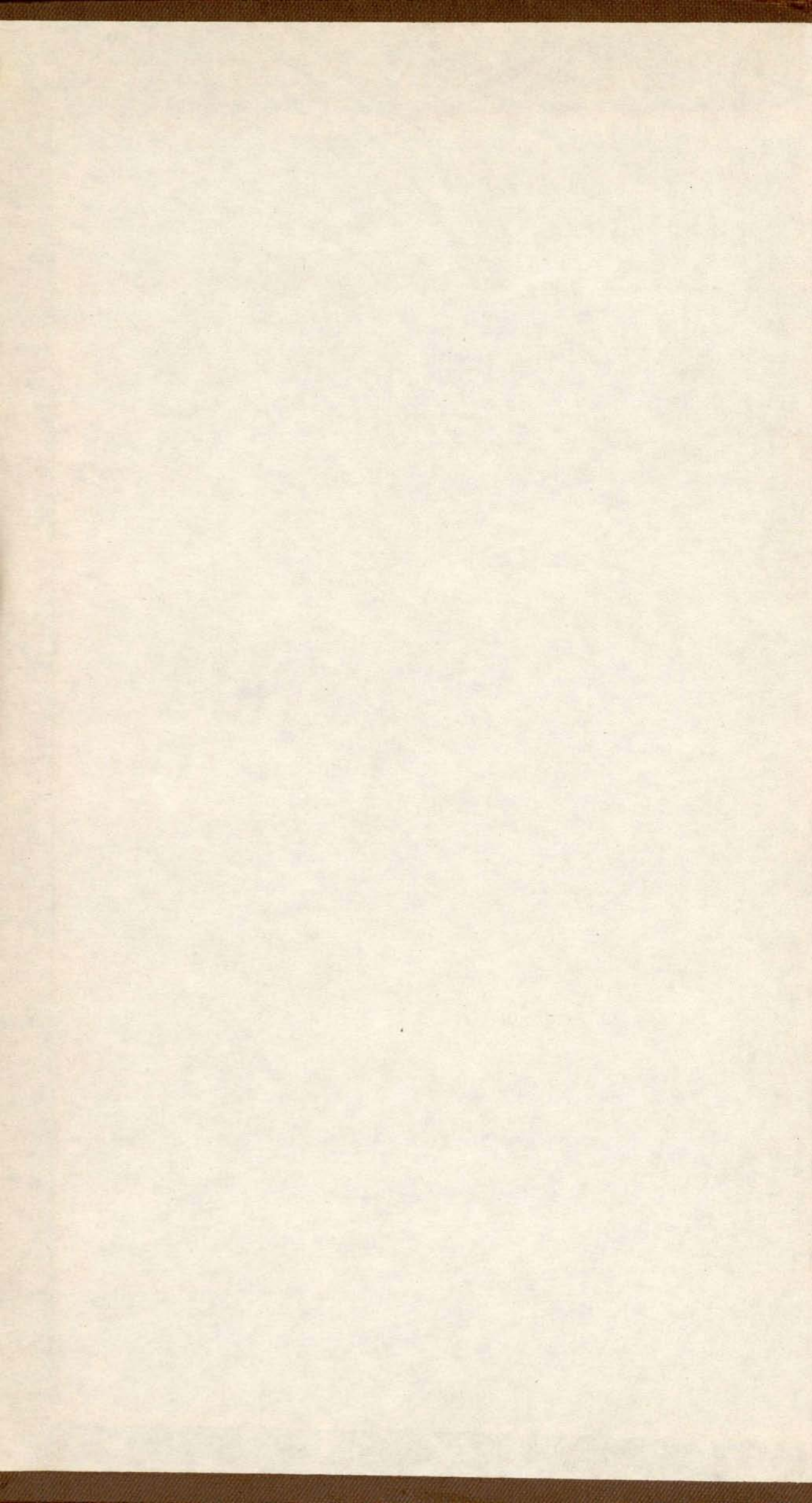
A.
CALDERON



NONADAS



FONDO ANTIGUO
A-2024
Bib. Regional



20125
210
Cat. 73

R
117922

A-2024

NONADAS

9/c



ALFREDO CALDERÓN

NONADAS

2001 de liva

BILBAO.

Imp. Artística de Müller y Zavaleta, Gran Vía 24

1896.







Madrid 19 de Julio de 1896.

Sr. Director de "Las Noticias."

Mi distinguido amigo: Mi van, elegidos un poco al azar de entre la enorme masa de una diaria labor de muchos años, en trabajos que la bondad de ustedes ha querido librar de la muerte prematura a la cual, a fuer de periódico, nacieron condenados. No me ciega el paternal amor que les profeso hasta el punto de desconocer sus defectos. Tales como son los entrego confiadamente a la benévola indulgencia de mis amigos.

Mal podría poner en duda era benevolencia que yo, ha obtenido de ella, sin merecerla, tan señalada distinción. A ustedes primero y a cuantos en Bilbao y fuera de Bilbao, individual y colectivamente han secundado la generosa iniciativa de "Las Noticias," envío el testimonio de un agradecimiento vivo, profundo, sincero y eterno.

Simultáneamente, amigo director, que ahora, como siempre que entro a ajustar conmigo misino las cuentas de mi gratitud, haga una mención especialísima del insigne patrio bilbaíno D. Manuel Echevarría. Inaltecer sus cualidades de inteligencia, de corazón y de carácter no es tarea que pueda corresponder a quien tanto como yo le debe; á bien que ellas de suyo se exaltecen. Sin el piadoso homenaje de termino debido a una santa memoria, a la cabeza de este libro y para honrarle habría figurado su nombre.

Soy de V. verdadero, agradecido y entrañable amigo.

Alfredo Galderrama

¶ la Memoria

DE

¶ Maria ¶ Ana ¶ Eceiños y ¶ Aguilar

Fiel, amantísima, animosa,
infortunada é inolvidable compañera.



AL LECTOR.

Dos palabras no más. No estoy muy cierto de que los trabajos que á continuación te ofrezco puedan complacerte. Hechos para la efimera vida del periódico en que tanto se perdona á la precipitación, seguramente han de desmerecer al revestir el aparato y la solemnidad del libro. Mucho temo no les suceda algo semejante á lo que suele acaecer á aquellos á quienes la suerte ó el favor hizo ministros, habiéndoles creado el Supremo Artifice escribientes de la clase de quintos. Si cosa tal con estos artículos aconteciere, á la bondad infinita de mis amigos, que les otorgó la inmerecida promoción, debes atribuir la culpa; en tanto al menos en cuanto las ideas de culpa y de bondad puedan reciprocamente compadecerse é ir mano á mano.

Un poco de todo encontrarás en este libro. Pero muy poco. Responde al enciclopedismo ligero, superficial y á la violeta que suele imputarse al periodista, sin considerar bastante que es esa una condición intrínseca del oficio. Es por antonomasia el periodista el órgano de la actualidad y la actualidad lo es todo; ciencia, arte, literatura, moral, religión, filosofía, sociología, economía, crítica. Para tratar tal suma de materias con el debido fundamento habría que poseer lo que llamaban los jurisconsultos romanos *divinarum atque humanarum rerum noticia*. Quien tanto tiene que abarcar no es maravilla que apriete poco. Asi el que de entre nosotros

no puede llegar á ser un Pico, se da por más que satisfecho si consigue parecer al menos un piquillo de la Mirandola.

Ello así somos. Nadie menos que tu, lector, que tales nos hiciste, puedes en justicia reprocharnoslo. Nuestra dolencia es tu dolencia, nuestra insania es tu insania, nuestra neurosis es la tuya. Nosotros guisamos para tí el manjar espiritual, pero tu extiendes la minuta del banquete. Hijos unos y otros de la estrepitosa centuria que fenece, grande por sus hechos y más grande aun acaso por sus vanidades, todos más ó menos adolecemos de eso que llamó «mal del siglo» el ilustre Max Nordau, apostol paradógico de la civilización sin nervios. No cabe pensar despacio cuando se vive tan de prisa. Las ideas no han de ser más sólidas y duraderas que los edificios, los muebles, los tejidos, las modas y las costumbres. Todo ya se hace al vuelo, al vuelo, como aconseja el gran Campoamor que ame y olvide á la niña de la Dolora. La psiquis moderna, recabando los fueros de su ejecutoria etimológica, mariposea ¿Tienen razón las gentes chapadas á la antigua para deplorar y maldecir esta frívola ligereza de los tiempos? No sabré decirte; sólo sé que estamos muy lejos de aquellos reposados días en que un varon sesudo, verdadero pozo de ciencia, componía una obra en cinco ó seis gruesos infolios, cuajados de latin eclesiástico, acerca de los gozos del glorioso San José, dejándonos absortos al considerar qué es lo que se podrá decir, ó más bien lo que no se podrá haber dicho respecto de los tales gozos en cinco ó seis voluminosos volúmenes.

De todo lo cual se infiere en conclusión que no es mi ánimo, pedirte ahora clemencia para estos trabajos ni perdón para mi por causa de ellos, como si hubiese cometido algun crimen al escribirlos. Sé justo; más aun, severo; más todavía, inexorable. Discute, di-

siente, crítica, condena, tritura. Una cosa solo te ruego, y es que si, al través de la labor intelectual, sintieses vibrar aquí ó allá la nota emocional y afectiva, guardes para ella todos los tesoros de tu indulgencia. Queden las ideas entregadas á tu justicia; vayan los sentimientos recomendados á tu piedad. Patrimonio comun de los espíritus, moneda banal del comercio de las almas, van aquellas y vienen, se adquieren y se pierden, se toman y se dan, pertenecen á todos y á nadie. Los afectos son algo de nosotros mismos, expresión fiel de la inefable originalidad que hace de cada individuo un ser único é insustituible en el mundo. De aqui, sin duda, el sentimiento de esquisita susceptibilidad que experimentamos por todo cuanto les atañe, y que Goethe ha expresado magistralmente en aquella hermosa frase de Werther: «lo que yo sé cualquiera lo puede saber, pero mi corazón solo yo le tengo.»



El idealismo y el realismo en la educación

I

Un mundo moral agoniza á nuestra vista; un ciclo entero de la vida de la humanidad se cierra para siempre. En la ciencia, sucede á las concepciones absolutas de la ya vieja filosofía, el paciente examen y observación de los hechos. El interés de las aplicaciones se sobrepone al interés teórico de la investigación. Las artes buscan sus inspiraciones en la realidad presente, no en los sublimes y vagos presentimientos de mundos mejores, que animaran las creaciones del ya muerto romanticismo. Desengañada de las antiguas panaceas, la política inquiere hoy la solución de sus problemas, mediante el estudio de los fenómenos sociales, y pretende leer el secreto de los destinos de los pueblos en las entrañas de la estadística. Es el idealismo que sucumbe. Quiéran los hados que no muera con él el ideal! Plegue al destino conservarnos lo único que puede revestir á la vida de dignidad y encanto y preservar á la humanidad de incurrir en el anatema del poeta latino, perdiendo por la vida las causas mismas del vivir!

Pero, aunque recrudescida en nuestro tiempo, la lucha entre el idealismo y el naturalismo no ha nacido con Zola; antes es tan antigua como el mundo. En el alma del primero de los seres que mereció la denominación de humano, trabaron Sancho y don Quijote su discusión primera. La sabiduría de los pueblos, eterna expresión de las inspiraciones del sentido común, refleja fielmente este dualismo. Enfrente del proverbio que ordena hacer el bien sin mirar á quién, se encuentran infinitos otros, inspirados en una recelosa desconfianza, cuando no en el más cínico y desvergonzado egoísmo. Y justo es reconocer que ha sido á este último extremo, más bien que al primero, al que se ha inclinado siempre, bajo el influjo de su nativo pesimismo, ó de las duras lecciones de la experiencia, la sabiduría popular.

Este dualismo ha tenido, como no podía menos, su expresión fiel en la educación de los niños. La interna contradicción latente en el fondo de la conciencia del educador, tenía que reflejarse forzosamente en esa obra compleja y delicadísima, cuya dirección es la resultante necesaria de todo el conjunto de convicciones y sentimientos del que la acomete. No podemos resistir al deseo de citar por entero la ingeniosa enumeración que hace Juan Pablo Richter de estas interiores contradicciones de la educación al uso. «Si se reunieran y se publicaran en un libro, para que sirviera de texto, dice el ilustre humorista alemán, los cambios secretos que experimentan la mayor parte de los padres, halla-

ríamos frases y máximas como las siguientes: 1.º Debe enseñarse á los niños la moral pura.— 2.º Solo debe enseñárseles la moral mixta, ó sea la de la propia utilidad.— 3.º ¿No ves lo que hace tu padre?— 4.º Eres pequeño y esto no conviene, sino á las personas mayores.— 5.º Lo importante es que medres y seas algo en el mundo.— 6.º El hombre no ha sido creado para la tierra, sino para el cielo.— 7.º Soporta la injusticia con paciencia.— 8.º Defiéndete con bravura, si alguien te ataca.— 9.º Querido niño no hagas ruido.— 10. Los niños no deben estar inmóviles.— 11. Obedece á tu padre.— 12. Haz tu educación por tí mismo.» Donosamente compara Juan Pablo á tales educadores con el famoso Arlequín de la comedia italiana, que aparece en escena con un legajo de papeles debajo de cada brazo. «¿Qué llevas debajo del brazo derecho?»—se le pregunta.—«Ordenes.»—«¿Y debajo del izquierdo?»—«Contraórdenes.» Esto en cuanto al padre: la madre es infinitamente más ilógica y solo podría ser comparada con un gigante Briareo que llevara debajo de cada uno de sus cien brazos un legajo por el estilo.

Casi todas estas contradicciones de la educación usual se refieren, como el efecto á su causa, á la eterna contradicción en cuyo seno realiza su vida moral la casi totalidad de los mortales, solicitados á cada paso, como por dos imanes de poderosa atracción, por estos dos preceptos opuestos:—«haz el bien»—«procura tu interés.» Según que la conducta humana deba ajustarse á uno ú

á otro de estos principios, es evidente que la educación, esa preparación para la vida, habrá de obedecer también á preceptos diferentes y desarrollar opuestas aptitudes. La abnegación de un apóstol sería perniciosa para un prestamista. Muy otras son las cualidades requeridas para seguir las huellas de San Francisco de Asís, que para engrosar las filas de los «puercos de Epicuro.» Y como el sentido común, ese gran receptáculo de los detritus de todas las concepciones, no es lo bastante impío para renegar de Dios, ni lo bastante santo para reñir con Belzebú, la educación por él inspirada, resulta ser un conjunto híbrido, en que el bien y el mal, la abnegación y el egoísmo, San Miguel y el diablo, comparten por igual los homenajes.

II

La ciencia ha expresado también este dualismo. Solo que, como el hombre gusta de ser bueno, al menos teóricamente y de palabra, las concepciones reflexivas se inclinan, al contrario que el sentido común, del lado de la perfección ideal. El padre del idealismo, el divino Platón, estima buena aquella educación que imprime al alma y al cuerpo toda la belleza, toda la perfección de que son capaces. Kant, el ilustre iniciador de la filosofía moderna, declara que los niños deberían ser educados, no según el estado presente de la especie humana, sino conforme á la idea de un estado mejor posible en el porvenir;

es decir, según la idea de la humanidad y de su destino completo. Stuart Mill, Mad, Necker de Saussure y muchos otros, entre los pedagogos modernos, hacen igualmente de la perfección ideal el fin supremo de la educación.

Semejantes pretensiones no pueden menos de revestir á los ojos del sentido común el carácter que constituye el pecado original de todo idealismo: la utopia. Las exigencias de la tierra se compadecen difícilmente con las del cielo. Los mismos preceptos divinos no han logrado sustraerse á esta censura. El absolutismo del Decálogo ha tenido que sufrir grandes atenuaciones. Bueno es no mentir; pero la vida social no puede tolerar todas las desnudeces de la verdad. Bueno sería amar al prójimo como á nosotros mismos; pero no parece empresa asequible á las fuerzas humanas. Gran pecado es matar; pero precisa defender la propia vida y servir á la patria en la guerra. Mala cosa es entregarse á la impureza; pero es necesario conservar la especie. En este conflicto entre los preceptos de una moral absoluta y las exigencias de la vida práctica, el sentido común, obligado á dirigir la conciencia en otra parte que en tablas de piedra ó páginas de libro, se hace (¡Dios se lo perdone!) *posibilista*. Toma del precepto escueto aquella parte que encuentra compatible con las condiciones reales de la vida, y deja á un lado, con muchísimo respeto, todo el resto, poniendo al margen de estas órdenes emanadas del supremo legislador, la nota con que los antiguos súbditos expresaban á la

par ingeniosamente su veneración y su rebeldía: «se acata, pero no se cumple».

Spencer se ha hecho órgano, en la ciencia de la educación, de esta doctrina media del buen sentido. Educar á los niños en vista de una perfección ideal es á sus ojos una insensatez. Un poeta que nunca será bastante llorado, el ilustre Ruíz Aguilera, supo expresar en lo forma sencilla de un cantar las pretensiones del idealismo:

«El que siempre mire abajo
No verá lo que hay arriba.»

Pero ¿no es igualmente cierta la recíproca? El que camine absorto en una no interrumpida contemplación celeste, ¿no correrá el riesgo de chocar á cada paso con las piedras y, lo que es muchas veces peor todavía, con los transeuntes? Quien pudiera dar á los hombres la perfección ideal soñada por Platón y por Kant, ¿no debería darles igualmente un par de alas con que volar al cielo? Porque es evidente: el reino de esos seres perfectos no será de este mundo. Su lucha con el medio será imposible. Vivirán lo que el pez en el aire: lo que viviría un rruiseñor sumido en las profundidades del Océano. La existencia de una dama aristocrática, transportada á la edad del mammoth y del oso de las cavernas, daría una idea pálida de la vida cruelísima de esos seres perfectos en un medio indigno de ellos. Desarrollar en el alma del educando aquel grado de perfección que sea compatible con la naturaleza del

medio en que ha de realizar su vida: tal es la conclusión práctica á que llega Spencer.

El contraste de estas dos opiniones no puede menos de engendrar en el espíritu reflexivo honda perplejidad. Es, de un lado, evidente que una conveniente adaptación al medio es la condición *sine qua non* de la existencia. Y todo bien que en la vida pueda realizar el hombre, ¿no depende necesariamente en primer término de la conservación de la vida misma? La lucha por la vida, la miseria, el descrédito á los ojos de los demás, la impotencia, la muerte acaso, ¿no acabarán por agotar y esterilizar por completo todos los esfuerzos de ese ser superior, lanzado, como mensajero celeste, en el seno de una sociedad egoísta y corrompida, incapaz de comprenderle? Y aunque su abnegación debiera ser tan fecunda como la de Cristo ó la de Prometeo, ¿es lícito al educador, sustituyéndose á las inspiraciones de una sublime vocación moral, engendrar espíritus fatalmente destinados al martirio?

Mas, de otro lado, ¿debemos, en vista de mezquinas consideraciones de personal conveniencia, poner un límite á las aspiraciones ideales, realizar á ciencia cierta en la obra de la educación lo que sabemos ser deficiente é imperfecto? ¿No bastan las limitaciones inherentes á nuestra condición humana, sino que es preciso, además, que hagamos lo menos bueno, temerosos de hacer lo mejor? ¿Renunciaremos á servirnos de la educación, como del más poderoso de los medios para elevar á los hombres y regenerar á los pue-

bles? Y cuando hayamos de educar á niños destinados á vivir en un medio social corrompido, ¿habremos de corromperlos para adaptarlos á ese medio? ¿Llevaremos las precauciones de nuestra exquisita prudencia hasta el punto de convertir la función educadora en una obra de corrupción de menores?

III

¿Quién sabe? Acaso no es el problema tan insoluble como lo parece á primera vista. Acaso nos encontramos más bien delante de una dificultad de simple procedimiento, que en presencia de un conflicto entre dos principios contradictorios. Sin llegar á las acomodaciones meramente eclécticas del sentido común, cabe aspirar á hacer compatibles en la obra de la educación la felicidad y la virtud, la dicha y la perfección, la prosperidad de los individuos con los progresos de la especie. ¿Qué razón se opone á esta compatibilidad? ¿Han de ser forzosamente y sin remedio los hombres superiores seres intratables, en lucha eterna con el medio, en conflicto permanente con la sociedad en que viven? Y si la historia nos muestra casi donde quiera á los genios mal hallados en la comunidad de los demás hombres, maltratados y perseguidos por sus contemporáneos, ¿es este hecho consecuencia de una ley, ó simple resultado del accidente? ¿Es fruto de la altura de las ideas, de la grandeza de los sentimientos, ó acaso solo de la indiscreción y la torpeza de esos

grandes hombres? ¿Se debe á la *genialidad* misma del genio, ó solo á sus *genialidades*? Porque, en fin, también el vulgo viene estimando tradicionalmente á los sabios como á hombres poco cuidadosos de su aseo personal, sin que deba entenderse por ello que existe ninguna relación intrínseca que una entre sí con lazo indisoluble la suciedad y la sabiduría.

Y nótese que tomamos el problema en su límite extremo, al cual solo por raro caso llegará la realidad de los hechos. La educación más elevada é ideal logrará pocas veces producir genios. Ciñéndose á los límites de lo usual, ¿no será posible preparar al niño para las luchas de la vida, sin empañar en su alma la pureza inmaculada de los grandes principios morales? ¿No cabrá inculcar en su espíritu el sentimiento de la lealtad, por ejemplo, sin dejar por eso de prevenirle contra los efectos del fraude y de la traición? ¿Habremos de sufrir necesariamente, por parte de nuestros educandos, la reconvención que el burlado Gil Blas dirigía *in mente* á sus progenitores, lamentando que, de paso que le exhortaban á no engañar á nadie, no le hubiesen también prevenido para que no se dejase engañar? ¿Será, en fin, impotente toda nuestra pedagogía para reunir en la persona de nuestros educandos la fuerza del león y el candor de la paloma con la astucia de la serpiente, conforme á la frase de la Escritura?

Arduo es ¿á qué negarlo? y por extremo complejo y delicado el problema. Pero en su solución se halla cifrado todo el problema de la educa-

ción, y consiguientemente el porvenir entero de la humanidad. Si creamos hombres incapaces de vivir en el medio social á que se hallan destinados, monstruos de perfección, hechos para mundos mejores, habremos realizado en definitiva, obra, más que estéril, perniciosa y funesta.

Semejante educación merecerá con justicia el título de «homicida,» que se ha dado, desde otro punto de vista, á la educación presente. Si por el contrario reducimos la educación á una especie de adaptación al medio, renunciando á servirnos de ella como del superior instrumento capaz de mejorar la especie y de producir generaciones á la par más venturosas y mejores, la obra pedagógica habrá abdicado de su más alta función y apenas merecerá ya su logro los esfuerzos que cuesta. Hay que decirlo de una vez: á pesar de todos los sacrificios realizados, á pesar de todos los progresos obtenidos, la humanidad actual, salvo excepciones tanto más honrosas cuanto más raras, merece, moralmente hablando, escasa estimación. El hombre, como ser moral es todavía punto menos que un *nonnato*. La ciencia moderna ha buscado en el orden simiano los antecesores del hombre natural. También el hombre moral tiene sus *antropoides*: y esos predecesores de la más alta encarnación de la conciencia en el mundo, somos nosotros mismos. El preparar ese advenimiento del hombre futuro es la más elevada misión que nos incumbe realizar sobre la tierra.

DE AYER A HOY

Yo lo vi. Entre los escombros de la demolida barricada yacía el cadáver, caliente todavía. Era un mancebo, casi un niño. Negra orla de rizados cabellos circundaba su frente, y un ligero bozo sombreaba apenas su labio como primer florecimiento de naciente virilidad. Allí yacía inerte, ensangrentado, cubierto de heridas, cosido á bayonetazos. Más que el dolor supremo de la muerte, expresaban sus facciones la animación de la lucha, realzada por ese sello indefinible de grandeza heroica que acompaña siempre á las voluntarias inmolaciones.

¿Qué entendía aquel mozo de derechos? ¿Qué sabía él de libertad? Nada. Nunca había frecuentado las aulas para desgastar, rozándolo con el Digesto, el nativo sentido de lo justo. Nunca había seguido á través de la historia de las Constituciones políticas, el proceso de los conciertos que han pactado, para ir viviendo, la libertad y la tiranía. No delectó á Stuart Mill, ni hojeó á Julio Simón, ni aprendió en Tocqueville los varios motivos que puede haber para amar la de-

mocracia, ni en Benjamín Constant las razones que aconsejan el corromperla.

Era un liberal nato, un demócrata impulsivo. Amó la libertad como se ama á la madre, sirviola como se corteja á la mujer querida, sin razón, sin fundamento, sin *por qué*, aconsejado por la infinita sabiduría de lo inconsciente, conducido por la ceguedad infalible del instinto. El derecho no fué para él un principio, sino una fe. Como siente la pubertad brotar de las profundidades del alma el misterioso mandato de la especie, así su espíritu sintióse avasallado por el imperativo de los tiempos, y obligado á secundar sin discutir los designios inexcrutables de la historia.

Reniéguenle cuantos entiendan que no es prudente respirar ni digerir hasta estudiar Fisiología, ni cabe pensar antes de haber sido iniciado en los secretos de la dialéctica, ni romper á hablar sin saberse de coro la Gramática de la Academia, ni tener novia sin haber saboreado previamente la retórica de Michelet, criticado las paradojas de Schopenhauer y meditado las disertaciones de Mantegazza. No lo estimaba así aquel paladín de barricada. Sin sutilizar sobre la soberanía nacional, sin ergotizar acerca de los derechos del hombre, murió por ellos sencillamente. Como todo mártir, sacrificóse á lo obscuro. Se ha llamado á los mártires, testigos, y en verdad que, si no de la justicia de su causa, sonlo irrecusables de la firmeza de su fe.

El orden limpiaba las calles; la reacción triunfante barría los detritus del motín. No tardó en

llegar el carro gubernamental, encargado de arrastrar á la gran fosa común la carnaza revolucionaria. En él fué izado el cuerpo del iluso. Siguió aquel carro su camino, y, en tanto se alejaba, una mano lívida, destacándose de entre el montón de muertos, respondía á cada sacudida del fúnebre vehículo con un movimiento brusco y en apariencia convulsivo. No era fácil adivinar si aquella mano despedía ó amenazaba,



Transcurrió apenas medio siglo. El rico salón, iluminado espléndidamente, dispuesto para el placer, y adornado para la fiesta, trocose de improviso en escenario de uno de esos dramas espantosos, tal como sólo sabe componerlos y ejecutarlos la realidad. Una mano vengativa acababa de lanzar, desde lo alto, el rayo de la dinamita. Allí yacían, en montón informe, los despojos de la explosión, hacinamiento confuso de astillas, fragmentos, galas destrozadas, y miembros humanos arrancados y palpitantes. Y en medio de ellos, reposando en lecho de sangre, dormía una pobre niña, entrada apenas en la adolescencia, verdadero capullo de mujer, cubierto el cuerpo con el blanco vestido, como símbolo de su virginidad, y abiertos sus hermosos ojos más bien á la sorpresa que no al espanto de la muerte.

¿Por qué había muerto? ¡Quién lo sabe! Fué aquella noche al teatro para celebrar el natalicio de su nubilidad, esa solemne y pudorosa pronon-

gación del vestido que simboliza para la mujer su iniciación en los hondos misterios de la vida. Allí le sorprendió la muerte. Nada más justificado que el asombro que expresaba su rostro hechicero. ¿Por qué la habían matado, á ella que jamás hizo ni deseó á nadie mal alguno? Sus ojos, ya eternamente velados, habían tenido lágrimas para la desgracia; su pequeña mano, crispada, había socorrido generosamente la indigencia; su pobre corazón, inerte, había acompañado con sus latidos las congojas del infortunio. ¿Quién la odiaba de muerte, á ella que sólo sabía amar? ¿Por qué la electricidad destructora de las negras tormentas sociales, iba á descargar sus furores sobre la cabeza virginal de aquella criatura inocente, para la cual era desconocido hasta el nombre de las grandes iniquidades, de los crímenes inexpiables que pesan como una maldición sobre el espíritu de las sociedades y la conciencia de las razas?

Llovía á torrentes. Una horrorizada muchedumbre presenciaba á la puerta el transporte de los cadáveres. Á la vista del de la pobre niña, la multitud entera prorrumpió en un grito unánime de conmiseración, mientras que allá, á lo lejos, tras la densa cortina de la lluvia, la mirada del odio fulguraba en la sombra los resplandores siniestros de un satánico regocijo.



¿Quién nos dará la clave de este enigma? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué matan ahora por odio los que antes morían por amor? ¿Ha bastado medio siglo, para restaurar, en plena civilización, aquellos tiempos oscuros en que la bestia humana combatía, revuelta con las otras bestias, en la noche de la caverna? ¿Es que la pugna del derecho engendraba mártires mientras la del interés y el apetito no puede producir más que sicarios? ¿Ó será acaso el sacrificador de hoy la reencarnación del sacrificado de ayer? ¿Será la mano que hoy lanza la bomba aquella misma mano lívida que se alejaba amenazante hace medio siglo? ¿Será la sangre estérilmente vertida entonces la que impone la expiación? ¿Seréis vosotros ¡oh bufones sanguinarios! vosotros ¡oh arlequines trágicos!, verdugos del orden, sofistas de la libertad, ergotistas del derecho, retóricos de la democracia, elevados á la altura sobre la ensangrentada cresta de la ola revolucionaria, repletos de carne humana en el festín canibálico de la vieja política, quienes, cerrando la puerta de las grandes esperanzas para dejar abierto el portillo de las supremas desesperaciones, habréis transformado el heroísmo en asesinato y al mártir en verdugo? ¿Será á vuestras flaquezas de ayer á las que deba la sociedad sus terrores de hoy y sus desastres de mañana?



SENSIBLERÍAS

Fuerza es reconocerlo, rindiendo á la especie el merecido homenaje. De entre todas las artes humanas ninguna ha alcanzado un desarrollo tan rápido ni tan completo como el arte del tormento. Desde los primeros albores de la civilización Diomedes rellenaba sus establos, y Procusto, hombre de orden y partidario decidido del término medio, acomodaba la estatura de sus huéspedes á la longitud del lecho. El primer anatómico ha sido el verdugo. Todavía era un misterio para la ciencia la estructura del cuerpo humano, cuando ya los eternos amigos del orden social y de las instituciones permanentes que han ido caducando, llevaban muchos siglos de conocer é investigar hasta en las más delicadas fibras del organismo, esa bienaventurada disposición del hombre para el dolor, sin la cual el orden público corriera riesgo de periclitar á cada paso. ¡Qué de progresos no se han obtenido después! La cremación, el descuartizamiento, la mutilación, la ceguera, la dislocación, la crucifixión, el empalamiento. ¡Qué de ingeniosos mecanismos constituyen el material

de esta interesante industria! La rueda, el potro, el borceguí, la horca, el garrote, el hacha, la guillotina, sin contar la sierra, el martillo y la hoguera, que pertenecen á la infancia del arte. No; decididamente no hay arte alguno que pueda competir, ni por su antigüedad, ni por sus refinamientos, con el arte utilísimo de atormentar á los hombres.

Y una cosa es de notar aquí. Vienen los sabios de tiempo inmemorial devanándose los sesos al tanto de averiguar cuál sea la verdadera característica que distingue al hombre de los animales. Quién la ha puesto en el pensamiento, quién en el amor. Para unos consiste en un cierto equilibrio de las facultades todas, para otros en meras diferencias anatómicas. Hay quien ha buscado esa distinción en la religiosidad, en el lenguaje, en la risa, en la posibilidad del suicidio. ¿No cabría igualmente encontrarla en esa capacidad especial que muestran los humanos de atormentarse recíprocamente por puro amor al arte y sin que les vaya nada en ello? Si un tigre acomete á otro tigre ó un lobo muerde á otro lobo, lo hacen siempre movidos por algún interés: el hambre, la defensa, el apetito de la hembra. Pero atormentar calculada, intencionada, reflexiva, friamente á su semejante; gozarse en sus sufrimientos con un placer desinteresado, estético, eso es patrimonio exclusivo de la especie humana. Las hienas, los chacales, las panteras, no tienen Nerones ni Calígulas. Semejante gloria se halla reservada para la humanidad,

Lástima fuera y grande que se perdiese este hermoso distintivo de la especie. Los tiempos son de decadencia. Ya no se quema á los herejes. Ya no se descuartiza entre cuatro caballos á los reos de lesa majestad. El ingenioso tormento que consistía en insacular á los culpables de alta traición, en compañía de algunos gatos, y arrojar el todo al agua, ha caído igualmente en desuso. Si eres ilegal, todo lo que harán contigo será negarte tu derecho, ponerte bajo la vigilancia policíaca, y á poco que te muevas, meterte en chirona ó acaso remitirte facturado á las colonias. Si eres periodista y te sospechan de hurgar á lo indiscutible, no te cortarán la mano con que escribiste: una denuncia, una causa, ocho años y un día de presidio y á la calle. Esto es todo.

No así si incurrieres en pena capital: entonces te darán garrote. Y lo que es todavía peor, con ser eso ya bastante malo, te pondrán previamente en capilla. Allí estarás veinticuatro horas entregado á dulces pláticas y piadosas meditaciones. El *tic tac* del péndulo te irá contando, segundo por segundo, los momentos de vida que te restan. En esas horas, á un tiempo tan fugaces y tan largas, la fantasía anticipándote, aumentando todavía con su ingénita hipérbole, el horrible suplicio que te aguarda, te lo hará saborear lentamente mil y mil veces. Pasarás un día entero cara á cara con la muerte. Verás ponerse y salir el sol sabiendo que es por vez postrera. Te sorprenderás queriendo á veces detener el curso del tiempo, á veces anhelando desesperadamente



la llegada del trance supremo. En las angustiosas horas de una noche sin sueño, sentirás pasar por tu cabeza relámpagos de locura. Te creerás presa de una espantosa pesadilla. Juzgarás imposible que los hombres puedan ser tan inhumanos. Te preguntarás qué les va en tu muerte á ellos que ni siquiera han de devorar tu cadáver. Te asombrarás de que, por piedad, no te dejen vivir aun cuando sea alejado de toda sociedad, recluso en un negro calabozo ó abandonado en una isla desierta. Y cuando la realidad recabe su imperio disipando las vanas visiones de la mente y la terrible verdad se imponga de nuevo á tu espíritu, ¿quién duda que en la angustia suprema de tu desesperación, viéndote solo contra todos y abandonado igualmente de la tierra y del cielo, maldecirás de la llamada justicia humana y blasfemarás de la divina?

¡Y aun si al menos en ese día postrero la sociedad respetara tu agonía! Pero no, no te dejarán solo un momento. Una caridad indiscreta ó mentida será tu molesta compañera. Un sacerdote con la mente fija en la exigüidad de su beneficio y en los medios de aumentar su cóngrua, te exhortará á la piedad y al arrepentimiento. Un funcionario, ganoso de cumplir fielmente los deberes de su cargo, te prodigará consuelos vulgares. Hombres que respiran salud, contento y esperanza, te recomendarán paciencia y resignación. Una cruel y torpe curiosidad, disfrazada de compasión, te arrojará acaso su mirada ávida desde la puerta de la capilla.

Por órgano de todos esos hombres, la sociedad tendrá empeño especial en persuadirte de que no hay nada más justo que aquello que ha dispuesto hacer contigo. No te dirá que mueres porque á ella así le acomoda. No te dirá que te mata porque es más fuerte y le conviene. Te hablará de orden moral, de justicia, de ley, de expiación. Te pintará tu martirio como un sacrificio necesario. Llevará su cinismo hasta encarecerte su conmiseración. Pretenderá que la tengas lástima. Y á través de todas esas menguadas é hipócritas mentiras, en el acento, en los ojos, en el semblante de cuantos te rodeen, leerás claramente la satisfacción egoísta, el gozo salvaje, la embriaguez suprema del vivir, excitados por el contraste que forma con su vida la terrible expectativa de tu muerte.

Convengamos en que no ha decaído tanto la humanidad. El arte de atormentar á los hombres conserva su esplendor pristino. Solo que su desarrollo ha entrado en una fase nueva. No se quema ya las carnes, ni se ataraza los músculos, ni se descoyunta los huesos. El martirio moderno es todo él espiritual como el arte cristiano. La angustia, el terror, la desesperación; tales son sus potros y sus ruedas. Y en este género novísimo, ¿cabe invención más sutil y alambicada que esa de las veinticuatro horas de capilla á que somete hoy á sus miembros pecadores una sociedad ahita de rosarios y pletórica de novenas?

SOFISTICACIONES

Aunque parezca otra cosa, no son el chanchullo y el fraude productos exclusivos de la industria nacional. También en otros países se adultera los artículos de primera necesidad y se pone en juego, para sofisticar la voluntad del cuerpo electoral, todas las malas artes de la astucia. La raza sajona, madre venerable del régimen parlamentario, se distingue precisamente en este punto. En Inglaterra, en los Estados Unidos, toda elección es un verdadero combate de ardidés y violencias. No hay arma que no esgrima cada partido para obtener el triunfo. Se emplea el secuestro, el soborno, el tumulto, el engaño, la difamación. Es frecuente que, agotados todos los recursos, vengan á las manos, en el colmo del furor, los adictos de uno y otro bando.

¿Dejan por eso de ser allí libres las elecciones? ¿Dejan de hallarse aquellos pueblos en el uso de la soberanía? ¿No son con frecuencia en ellos vencidos los gobiernos? ¿No es á la postre la voluntad del mayor número la que triunfa en tales contiendas? ¿Qué sucede entre nosotros para que la voluntad nacional sea eterna esclava del poder? ¿Qué causa basta á producir el singular fenómeno de que el partido conservador, execrado por la masa general del país, pueda anunciar de antemano, con infalible certeza, su triunfo en unas

elecciones realizadas por sufragio universal?

La diferencia está en lo siguiente: en los pueblos libres el poder público se declara neutral en la contienda; en España toma partido. Allí es el Estado juez del campo, aquí instrumento del que impera. En esos países la violación se produce de parte á parte; en el nuestro procede del todo. Basta esa nota distintiva en la causa para explicar plenamente la diferencia del efecto.

Cuando el tendero de la esquina adultera la mercancía, ¿qué hace el parroquiano? Pues va y compra en la tienda de enfrente. El ofendido procura la reparación de su agravio; el agredido se defiende de la agresión. El estímulo del propio interés mantiene viva la vigilancia contra los ardides del fraude. Los partidos, como los hombres, luchan con armas iguales. Lo que es lícito á cada uno lo es también á todos los demás. Esa lucha puede, sin duda, engendrar parciales injusticias, pero al cabo el triunfo definitivo es siempre del número, es decir, de la opinión.

Suponed que sea el Estado quien engañe ó violento. Toda garantía de derecho habrá desaparecido. La sociedad será un caos. La propia anarquía fuera mil veces preferible á semejante situación. Cuando sean los empleados de Correos los que sustraigan la correspondencia confiada á su cuidado, ¿qué hará el remitente? ¿Enviará cada carta con un propio? Si los dependientes de las empresas ferroviarias saquean las mercancías cuyo transporte se les encomienda, ¿irá el comerciante á llevarlas al hombre? Si los tribunales

rehusan hacer la debida justicia, ¿podrá tomársela por su mano el agraviado? Si las agresiones parten de la fuerza pública, ¿bastará la de los particulares á rechazarlas? Si los poderes oficiales quebrantan descaradamente las leyes, ¿podrán los ciudadanos imponerles su respeto y observancia? La lucha en tales condiciones es imposible. En una sociedad así conformada el Estado es aquella institución mediante la cual cabe emplear la fuerza de todos para quebrantar á mansalva los derechos de cada uno.

Como Encelado bajo el Etna, así yace aplastado el ciudadano bajo la inmensa pesadumbre de esa mole. Irguíerose ante la injusticia, la violencia ó la opresión privadas; ante las públicas no tiene siquiera energías para la protesta. Es la sociedad entera lo que le cae encima, abrumándole. Es la fuerza del todo la que le hace fuerza. La violencia que lastima su derecho está apoyada por todos los institutos armados, infantería, caballería, artillería, guardia civil, guardia de orden público, y si menester fuere, carabineros, alguaciles del juzgado y aun vigilantes de consumos. ¿Es posible la resistencia? ¿No sería el intentarla síntoma manifiesto de locura?

Así el ciudadano no la intenta. Se resigna con su suerte como el desventurado que yace vencido por el destino, víctima de un infortunio irreparable. Poco á poco el sentido de la justicia va borrándose de su conciencia. El hábito de la libertad se pierde en los abismos del desuso. La palabra derecho llega á sonar en los oídos como

un nombre extraño, exótico, de significación desconocida, cuando no como amargo sarcasmo. Y el día en que, por un azar de la política, place á la ley llamar al pueblo á ejercer su soberanía, en vez de un cuerpo electoral sano, vigoroso, robusto, dispuesto á la lucha, celoso de sus prerrogativas, capaz de defender sus fueros contra quien quiera que pretenda menoscabarlos, el país no puede disponer sino de una voluntad débil, vacilante, anémica, habituada á todas las servidumbres y desacostumbrada de todas las libertades, eterna esclava del poder, colocada por la desesperación en los umbrales de la muerte. El llamamiento de la ley es impotente para resucitar á ese Lázaro.

Grande, inmensa, abrumadora es la responsabilidad de quienes han venido consumando á sangre fría, con alevosía, premeditación y ensañamiento, ese asesinato nacional. Cualquiera se los figuraría hoy, en presencia del cadáver de su víctima, penetrados de horror y abrumados por el remordimiento. Mal los conoce quien así los imagine. Lejos de eso se lanzan sobre el muerto para despojarlo. Hacen al difunto declarar su voluntad, tirando ellos para sí de la cuerda como el escribano del cuento. Preparan un semblante de compunción para aprovechar el momento en que los verdaderos amigos del finado manifiesten su asombro ante el absurdo de la disposición testamentaria, y poder entonces decirles: — «¿Lo ven ustedes? ¡Nada, si en España es imposible la libertad!»

EMPAPELADOS

Mucho antes de venir al mundo el bueno de Antonio Pérez y el no menos simpático pastelero de Madrigal, el procesamiento figuraba ya como uno de los más eficaces resortes de gobierno. La Iglesia y la monarquía han hecho de él en todo tiempo un uso más que discreto. Desde los delitos de lesa majestad, terror de los antiguos romanos, hasta los procesos por hechicería; desde la cremación en vivo de los herejes, hasta las célebres *lettres de cachet*, mediante las cuales una firma del rey de Francia enviaba á un sujeto, culpable ó inocente, á podrirse en la Bastilla, no hay matiz en la gama de la delincuencia que el trono y el altar, siempre acordes en este punto, no hayan perseguido celosamente para la mayor gloria de Dios y anonadamiento de los hombres. Volver la espalda á una efigie de Calígula, poseer los secretos de Felipe II, darse un aire al rey don Sebastián, ser mujer de Enrique VIII de Inglaterra, escribir una sátira contra alguna de las numerosas amigas de Luis XIV, cortarse el pelo al rape, rehusar la carne de cerdo, dar celos á un inquisidor, llegar á aquella edad maldita en que el sexo bello se convierte en feo, tener por enemigo á un clérigo, creer en la redondez de la tierra, sutilizar sobre la Encarnación divina ó

darse de calabazadas contra la Eucaristía; todas estas y muchas otras liviandades y errores han sido, según los tiempos, motivo de santas matanzas, decapitaciones, achicharramientos, quebrantos de huesos y prisiones de por vida.

El régimen constitucional no podía echar en saco roto estas tradiciones venerandas. El procesamiento sigue siendo, en la medida en que lo consiente la perversión del siglo, uno de los más preciosos de entre esos resortes gubernamentales, caros al alma ordenancista del presidente del Consejo. Solo que la forma de este recurso ha variado á medida del cambio operado en las ideas y en las costumbres. A los procesos de lesa majestad, han sustituido las causas por desacato. Las denuncias son el sucedáneo de los procesamientos por hechicería. Los republicanos desempeñan el papel que en otros tiempos correspondía á los herejes. Hablar del jefe del Estado, es ahora poco menos peligroso que lo era antaño meterse con el verbo. La enemistad de un cacique es tan de temer para nosotros como lo ha sido para los papás de nuestros tatarabuelos la inquina de un inquisidor. Descubrir el *romancismo* de Cánovas y su desconocimiento de la hermosa lengua del Lacio, es casi tan nocivo como lo fué un tiempo estar en autos de las marañas domésticas del hijo de Carlos V. Procurar hoy la lealtad política y la sinceridad del sufragio, no es empresa menos vana y arriesgada que lo ha sido en pasados siglos la investigación de la piedra filosofal.

Algo tiene el agua cuando la bendicen: algo hay de perdurable en estos procedimientos cuando de tal suerte subsisten á través de los siglos, pasando de una á otra civilización sin más que un cambio nominal, como pasan Beránger ó Te-tuán de uno á otro partido. Y este elemento permanente no es otro que la necesidad de la defensa del orden social y de sus indestructibles cimientos. Si se rehusare á la autoridad el derecho indiscutible de empapelar á los ciudadanos, no habría situación legal que no muriera al nacer, cual feto concebido en sacrilegio, ni gobierno de orden que no se hundiera en el abismo como buque de nuestra escuadra. ¿Cómo podría, v. gr., un gabinete conservador ganar las elecciones y poner al sufragio universal en la mayor de las berlinas, si no le fuera dado procesar á todos los alcaldes y concejales recalcitrantes, sustituyéndolos por personas adictas que, sino tienen todavía nada que perder, anhelan tenerlo con todas las potencias de su alma? ¿Qué haría el desventurado cacique, juntamente protector y protegido del gobierno que acaba de salir ahora, si no pudiera abrumar al cacique de enfrente bajo la inmensa pesadumbre de una verdadera avalancha de papel sellado? ¿Cómo se defendería el pobre ministro de los ataques de la prensa si careciera del recurso de enjaretar una denuncia sobre la punta de una aguja? Y cuando una autoridad incompetente ordena á un funcionario algo que éste no tiene obligación de hacer, ¿cómo co-honestaría su torpeza y su desconocimiento de la

ley, si no apelara al recurso supremo de procesar por desacato al interesado?

Porque es de notar que, en el régimen novísimo, el procedimiento es más eficaz por su simple existencia que por sus propios efectos. Como las bayonetas, los folios ejercen influjo por su mera presencia; tienen lo que llamaban los antiguos químicos una acción *catalítica*. Semejantes á la pena, según Feuerbach, obran más bien por la amenaza legal que no por su cumplimiento. Son lo que denominaría Bagehot elementos *imponentes*. Son la mordaza de las almas. Son la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza del adversario. Significan el derecho de disponer de la tranquilidad, la hacienda y la libertad del enemigo político. Mudos para el indiferente, tienen para el empapelado un acento terrible que le persigue sin tregua en toda estación, en todo tiempo, á toda hora, de día como de noche, en la vigilia como en el sueño, en el trabajo como en el descanso, en la plaza pública como en el hogar, repitiendo incesantemente en sus oídos esta temerosa conminación: «¡si te mueves, te revienta!»

¿Cómo han de renunciar los gobiernos á un sistema de tan maravillosa eficacia? ¿Cabe razonablemente pedirles que hagan el sacrificio de consentir que la ley deje de ser de su partido, para convertirse en elemento neutro, indiferente entre ellos y sus adversarios? Sólo la justicia histórica podría hacer ese milagro. Pero los milagros que haga la justicia histórica pueden clavárnoslos donde gusten.

PERPLEJIDAD

En un lugar de España, que puede ser el que ustedes gusten, vivía, si es lícita la expresión, un maestro de escuela, grandemente afecto á una profesión que más de una vez oyera calificar en solemnidades académicas y discursos oficiales de investidura sublime, sacerdocio de la cultura y curaduría de las almas,

Ha dicho Schopenhauer, hablando de los honores, que representan algo así como un suplemento destinado á compensar la exigüidad de las retribuciones, de suerte que cuando los Estados no pueden pagar suficientemente los servicios que reciben, dan á sus servidores títulos, cruces, medallas ó encomiendas á guisa de sobresueldo. Algo de esto pasaba con el maestro de nuestra historia. Exornadas con los arabescos de la retórica oficial, las quinientas pesetas anuales con que el Municipio se hallaba obligado á retribuir sus servicios, parecíanle una suma razonable. Poco dan de sí á la verdad cien duros, divididos entre los trescientos sesenta y cinco días del año no bisiesto, pero eso de ser un Monescillo de la civilización y un Ledesma de las almas, bien merece algún sacrificio.



Decir que los dos mil reales del sueldo magistral eran tan fantásticos y teóricos como los ditirambos académicos, cosa es que parece ociosa. Modelo de severidad administrativa, jamás el Ayuntamiento de aquel pueblo incurrió en el derroche de pagar al maestro. Vivía nuestro hombre del producto de una pequeña tierra de su propiedad que tenía dada en arrendamiento, Y contento con su suerte, cultivaba la pedagogía, como Pestalozzi, por puro amor al arte, manteniendo el cuerpo con un pedazo de pan y el espíritu con la satisfacción de su propio desinterés.

Son las desgracias como la guardia civil que, cuando menos, anda siempre por parejas. Dos vinieron simultáneamente á caer sobre el mísero pedagogo y á destruir la dulce tranquilidad de su modesta existencia. Terminó el arrendamiento de su tierrecilla sin que encontrara nuevo arrendatario. Subieron los conservadores y con ellos ascendió al trono del lugar un cacique descomunal que tenía entre ojos al maestrillo, tachándole de no sabemos qué pujos liberales y conatos heréticos. Y allí fué Troya. El maestro, poco avezado á las labores campestres y ocupado en su escuela mañana y tarde, dejó yerma la heredad. En el primer reparto de contribución cargáronle todos los tributos que debían pagar el cacique, sus parientes y sus amigos. No pagó. Ejecutáronle. Salió á subasta la tierrecilla, y á la tercera fué la vencida, quedándose con ella el cacique susodicho por algo menos de lo que importaban los débitos.

He aquí, pues, á nuestro maestro necesitado para vivir de su mezquino sueldo. Lo pide. Clama al cielo y á la tierra. Acude al gobernador, al director, al ministro. Hace patente la iniquidad de que el Estado que le acaba de arruinar para cobrarle un débito, no le satisfaga lo que le es en deber, lo que le ha sido solemnemente ofrecido y ha ganado con su trabajo. Tanto hace, que logra que el gobernador lleve al alcalde á la capital de la provincia para echarle una mercurial. Pero cuando el pobre maestro se lisongea de recibir al fin sus atrasos, recibe una lluvia de palos vigorosamente administrados en noche sin luna al revolver de una calleja por ciertos fantasmas anónimos.

Desesperado y temiendo por su vida, cuelga un día la llave en la puerta de la escuela y sale de aquel pueblo ingrato. Dirígise á la capital de la provincia, donde la autoridad competente le forma expediente por abandono de destino. Recorre los pueblos ofreciendo sus brazos para toda especie de faenas, pero se le ríen en las barbas haciéndole ver que para ninguna sirve. La guardia civil le detiene por indocumentado y vagabundo. Y al cabo de sufrir más peripecias que Ulises, da con sus huesos en la coronada villa.

¡Qué grande es Madrid! Y él no conoce á nadie. ¿Qué hará? Triste recurso es mendigar; pero el hambre aprieta, la necesidad se sobrepone al rubor, el ejemplo incita y el maestro mendiga. Por desgracia no conoce los secretos del oficio, no se ha provisto de un par de chiquillos de

alquiler, no se ha pintado llagas ni fingido ciego, cojo, manco ó contrahecho, no sabe mover los corazones con la narración de imaginadas desgracias, se avergüenza de porfiar. Así es que nadie le da un céntimo.

Viéndose en esta cuita la propia necesidad, gran maestra de los hombres, le sugiere un expediente. ¿Qué no discurrirá un hambriento? Cierta día nuestro hombre aparece en público ostentando sobre su pecho un cartelón en que se informa á los transeúntes de que un profesor de instrucción primaria que no percibe sus haberes se ve obligado á implorar la caridad. La cosa da golpe. Fórmase un gran corro alrededor del maestro mendigo. Las almas se conmueven y ya comienzan á caer en su sombrero algunos perros chicos cuando sobreviene una pareja que, apoderándose del pedigüeño, le lleva derecho á presencia de la primera autoridad civil. Lo que allí pasa no lo sabemos, pero es de presumir. El funcionario está indignado, echando llamas por los ojos.

—¿Cómo se entiende? grita apenas echa al delincuente la vista encima. ¡Burlarse de esa manera de la autoridad! ¡Poner así en ridículo al país! Y ahora precisamente, cuando Madrid está lleno de extranjeros.

—Es que...

—¡Eso no tiene nombre! ¡Eso es una cábala, una intriga revolucionaria. Usted debe ser algún anarquista. Usted merecería la suerte de Debast.

—Pero...

¡Quítese usted de mi presencia y dé gracias á que!... Pero que no vuelva á suceder, porque entonces...

Nuestro hombre sale de allí aturdido. Casi está persuadido de que es, con efecto, un gran delincuente. Pero el hambre persiste; hay que vivir y entonces el infeliz se dice:

—Este señor se ha enfadado conmigo con razón. ¿A qué ser piedra de escándalo? ¿A qué implorar la caridad pública por calles y plazas haciendo asilos que acogen á los desgraciados?

Y hecha tal reflexión se dirige *ipso facto* á un asilo de beneficencia. Mas, al solicitar su ingreso, le contestan:

—¡Cómo! ¿Usted quiere ingresar en este asilo? ¡Usted, un maestro, un funcionario público! Vuelva, vuelva al destino que ha abandonado indebidamente, que estos asilos no los mantiene el Estado para los que desertan de su servicio, en el que tienen señalado su puesto de honor, amén de una retribución decorosa.

Y el maestro se va, regresa á la población, se deja caer casi exánime en uno de los bancos de la plaza de Oriente, contempla un momento con ojos extraviados el suntuoso alcázar de nuestros reyes, y dominando su angustia, se pone á discurrir de la manera siguiente:

—Yo no puedo ni ganarme la vida ni pedir limosna. Estoy, pues, condenado á muerte y á muerte por inanición. Dicen que esa muerte es horrible. Ya que no me sea dado vivir, ¿no podré á lo menos procurarme una muerte más pron-

ta y menos cruel? ¡Ea, valor! Acabemos de una vez. Soy un vencido en la lucha por la vida. Hay que aceptar valerosamente su destino.

Y con paso tan firme como lo consiente la orgánica debilidad, se encamina derechamente al Viaducto. Trata de escalar la barandilla, pero la pareja que la autoridad previsora ha colocado en aquel punto para impedir que se maten muchos que no pueden vivir, corre, se precipita y le detiene.

—¡Ah, pilló! grítale un guardia, ¿con que quieres matarte, eh?

El otro guardia que, á la cuenta, tiene sus puntas y collar de moralista y filósofo, le reprocha duramente su acción.

—¡Atentar contra su vida! ¡Desobedecer los preceptos de la ley de Dios! ¡Habrás visto!

A empellones le conducen á presencia del juez de guardia. El funcionario judicial, tras las preguntas de rúbrica, le interroga en tono severo:

—¿Qué motivos ha tenido usted para intentar semejante acción?

— Señor juez, yo soy maestro de escuela...

El juez no quiere oír una palabra más.

Un cuarto de hora después, nuestro desventurado maestro se encuentra solo en mitad del arroyo. Y cruzando los brazos, fija en el suelo la mirada, con ademán de profunda perplejidad:

—Ahora, exclama, ahora sí que no sé qué partido tomar.

LA OBEDIENCIA DEBIDA

Imagínate por un instante, lector pío, que eres funcionario público, obligado como tal á la obediencia, y que tu superior jerárquico te ordena una ilegalidad. Concretemos más el caso: supón que eres oficial de la Guardia civil y que el gobernador de la provincia te envía á disolver *ab irato* un Ayuntamiento.

Hombre de firmes convicciones, amante del orden social y respetuoso para con las leyes, héte colocado en una situación semejante á la del bueno de Sancho Ortiz, cuando su rey y señor se digna ordenarle que, cogiéndole descuidado, dé muerte á Bustos Tavera. Vacilas, dudas, te turbas, balbuceas y acabas por exclamar:

—Señor gobernador, eso es imposible. Védalo la ley, á la que todos debemos obediencia y acatamiento.

Frunce el ceño el Poncio irritado y grita fuera de sí:

—¿Qué significa esto? ¿De cuándo acá se discuten los mandatos de la autoridad? ¿De cuándo acá se permiten los subalternos ergotizar sobre la consigna? ¿Soy yo ó no el gobernador *supe-*

rior de esta provincia? ¿Es Vd. ó no un funcionario puesto á mis órdenes? Cumpla su deber y obedezca. Legal ó ilegal, yo lo mando. Si hay en ello alguna ilegalidad, aquí estoy yo para asumir la responsabilidad íntegra, cubriendo con la mía la que á Vd, pudiera caberle.

A lo cual, corroborado por la reflexión en la justicia de tu causa y ya por completo dueño de tí, replicas con firmeza:

—Perdóneme el señor gobernador. Él es sin duda el jefe, yo el subalterno. Pero, ¿por qué? Porque así lo quiere la ley. ¿De qué otra fuente dimana su derecho de ordenar y mi deber de obedecer? El gobierno ha nombrado al gobernador; pero, ¿quién sino la ley ha determinado sus atribuciones y le ha conferido las facultades que posee? Servirse de ellas contra la ley, ¿no es contradictorio, no es absurdo, no es imposible? Exigirme, á título de obediencia debida, la comisión de una ilegalidad, ¿no es un verdadero contrasentido? ¿Puede ser nunca debida la infracción de la ley? ¿Puede tener nadie jamás la obligación de quebrantarla? El jefe podrá asumir mi responsabilidad oficial, pero, ¿quién me eximirá de la responsabilidad moral en que obedeciendo incurriría? ¿Soy yo un instrumento ciego? ¿Soy yo una máquina? ¿No tengo conciencia? ¿No tengo discernimiento? ¿No tengo albedrío? ¿No estoy obligado, como todo el mundo, á conocer la ley y cumplirla? ¿Deberé barrenar como funcionario las prescripciones á que estoy sujeto como ciudadano? ¿Deberé partir mi conciencia en dos mita-

des? ¿Deberé ser en un concepto miembro racional y libre del Estado y en el otro instrumento servil y pasivo del poder?

¡Válate Dios y qué tormenta de pasiones se desencadena en el alma ordenancista del gobernante, reflejándose en su rostro como se reflejan en el líquido espejo de las ondas los tonos sombríos de un amenazante cielo de tempestad! Y así como el rayo desgarrar las nubes, así su voz estridente rompe el silencio, prorrumpiendo en estos ó parecidos apóstrofes:

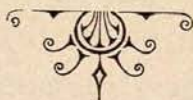
— ¡Hola! ¿conque usted discute, usted disiente, usted argumenta, usted sutiliza, usted se entrega á la funesta manía de pensar? ¿Es usted militar ó profesor de dialéctica? ¿Es usted teniente de la Guardia civil ó seminarista? ¿Es usted oficial ó procurador? ¡Y así como así que no es disolvente y anárquica la doctrina que nos viene aquí á predicar! ¡Discutir los mandatos del superior! ¡Andarse en repulgos de legalidad antes de prestar su obediencia! ¡Ir á consultar á un abogado para saber si se ha de cumplir la consigna! ¿A dónde iríamos á parar? ¿Cabe más desatinada subversión de ideas? Con semejantes servidores no habría en el Estado orden, ni paz, ni justicia, ni autoridad. La vida social sería imposible.

— Siento opinar todo lo contrario, replicas. La resistencia injusta de un subalterno no es, después de todo, un mal irreparable. Desobedece sometiéndose á la pena. Se le procesa, se le juzga, si hay lugar á ello, se le castiga. Otro cum-

plirá en su lugar el mandato que él se ha negado inconsideradamente á cumplir. En cambio la obediencia ciega, pasiva, servil, incondicional, absoluta, encierra un gran peligro. Allí donde la autoridad se divorcia de la ley, no habrá freno posible á sus demasías. La fuerza será derecho. Se habla de responsabilidad: ¡qué absurdo! ¡Qué sarcasmo! ¿Quién exigirá esa responsabilidad á aquel cuyas infracciones se hallan amparadas por el poder público y que, si quebranta las leyes, lo hace en nombre y con la fuerza del Estado? ¿Dónde se halla el fiscal que ha de denunciarlo, el magistrado que le ha de juzgar, el funcionario encargado de hacer efectivo el castigo? ¿Qué le importan á él los fallos de la opinión si cuenta para contrarrestarlos con la adhesión ciega de toda la máquina oficial? Una sociedad regida de tal suerte, lleva implícito, inherente, el principio revolucionario. A los desmanes de los gobiernos, no podrá poner otro correctivo sino el de la violencia de las muchedumbres. Siempre que la autoridad falte á su misión, el país habrá de optar forzosamente entre la servidumbre ó la rebeldía. Un estado social semejante será, por ley de naturaleza, un estado de fuerza.

—Es usted un gran político, pero un militar execrable. No obedezca usted; está bien: otro lo hará. Veremos lo que opinan de esas teorías los tribunales militares. Desde este momento queda usted sumariado por los delitos de desobediencia, rebelión, y desacato á la autoridad. ¡Ya está usted fresco!

Y con efecto, ya estaría fresco el subalterno que se expresara como el teniente de nuestra hipótesis. Pero, ¿no tendría razón acaso en tanto al menos en cuanto cabe tenerla difiriendo de las opiniones de un gobernador *superior*?



LOS FUEROS

Protesta Navarra contra las intrusiones fiscales, viendo en los nuevos Presupuestos un ataque á sus tradicionales franquicias. Reclaman las Vascongadas contra la omisión en el proyecto de administración local de un artículo en que se las declare exentas de las disposiciones de la futura ley. Da Vitoria carácter foral á la agitación ocasionada por el intento de trasladar aquella Capitania. Lleva Bilbao su susceptibilidad hasta el punto de dolerse de que la Infanta Isabel no hiciese, en su última visita, acatamiento al venerable árbol de Guernica. Enuméranse los atentados que se viene cometiendo contra las libertades forales, y se ve en ellos otras tantas manifestaciones de un oculto propósito, hostil al mantenimiento de aquel secular derecho. Tratan las cuatro provincias de ponerse de acuerdo para el caso de una necesaria resistencia. En todo se advierte el desasosiego propio de un país que siente amenazadas sus queridas libertades de un riesgo, no por indefinido menos inminente y temeroso.

El contraste singular que forma la administra-

ción de las cuatro provincias forales con la de las cuarenta y cinco sometidas al régimen de la centralización, es bastante elocuente para que sea motivo de justificada maravilla el que un hecho de tal magnitud no haya servido á nuestros estadistas de ejemplo y de enseñanza. Allí reina el orden, la probidad, el arreglo; aquí el desconcierto, la prodigalidad, el robo. Allí el contribuyente lleva con facilidad la carga que aquí le abruma. Allí una pequeña exacción basta para atender con esplendidez á los servicios públicos; aquí hay hospitales sin asistencia, incluso en que los niños mueren de abandono, establecimientos benéficos en donde falta el pan. Allí están satisfechas las obligaciones de primera enseñanza; aquí se debe á los maestros ocho millones de pesetas. Por grande que sea la influencia que se reconozca á la diversidad de carácter y costumbres entre unas y otras provincias, el hábito engendrado por una *self administration* secular, ¿nada dice el hecho de que sea precisamente aquella parte de España que ha conservado sus libertades regionales la que merece ser considerada como modelo de administración recta y honrada, en tanto que todo el resto del país, sometido al yugo corruptor y enervante de la centralización, es modelo de lo contrario?

No han consentido las fatalidades monárquicas que todas las regiones de la patria gozaran el mismo beneficio. Harto lo prueba el hecho. Allí donde, por accidentes de la historia, el país pudo resistir al poder absorbente de los reyes, ha lo-

grado administrarse con acierto y probidad. Donde sucumbió, su administración ha sido merienda de negros. Ante el fenómeno claro, patente, manifiesto, no hay subterfugios que valgan. Autonomía es de hecho sinónimo de recta administración: centralización es de hecho equivalente á administración corrompida. La autonomía se ha conservado á despecho de los monarcas; la centralización ha sido su obra. Comparando en este respecto el estado de las provincias forales con el de las centralizadas, cabe apreciar el valor de los servicios que debemos á la monarquía.

El espíritu de igualdad inherente á nuestra civilización y propio de nuestro tiempo, repugna la coexistencia de esas dos diversas condiciones jurídicas en el seno de una misma nacionalidad. De ahí nace ese riesgo que navarros y vascongados sienten flotar en la atmósfera como una amenaza eternamente suspendida sobre sus franquicias forales. Hay, á veces, exageración rayana en la injusticia, en ese instinto que excluye y condena toda excepción, aun la que conduce al bien. Pero es un hecho. Las libertades, las franquicias que son exclusivas de provincias determinadas, ofenden á las demás como un ultraje. Ni aun la propiedad, ni aun la libertad son toleradas en nuestros días á título de monopolio. El sentido democrático llega á veces al extremo de preferir el mal de todos al privilegio de algunos. Y cuando ese privilegio conduce á aumentar la carga de los excluidos con toda la pesadumbre de que emancipa á los exentos, entonces se convierte, á

los ojos de todos, en intolerable injusticia.

Dos modos hay de operar esa igualdad tan deseada: ó someter las provincias forales al régimen torpe y corruptor de la centralización, ó elevar las regiones centralizadas al régimen sano y vivificante de la libertad. El primero es el *desideratum*, más ó menos ostensible, más ó menos oculto, de todos los Gobiernos monárquicos. El segundo es el ideal de cuantos mantenemos la autonomía regional y municipal. Frente á una administración sana hay una administración enferma; frente á una administración libre, una esclava; frente á una administración pura, otra podrida. Nosotros decimos: saneemos, emancipemos, purifiquemos la administración corrompida hasta igualarla con la buena. Ellos dicen: enfermemos, esclavicemos, degrademos la administración buena hasta igualarla con la corrompida. Y en eso está la diferencia.

No nos parece á nosotros que pueda el país vacilar entre ambos procedimientos. Los mismos motivos que inducen á las provincias forales á rechazar el régimen centralizador deben persuadir á las centralizadas á codiciar el autonómico. Las unas repugnan con razón la igualdad en el mal; con no menor fundamento deben las otras desear la igualdad en lo mejor. Si unas no quieren ser esclavas, las otras han de desear ser libres. Si unas no quieren caer en la indigencia, justo es que las otras aspiren á la prosperidad. Navarra ó Vizcaya resistirán fundadamente á quien pretenda someterlas al sistema administrativo que

sufren Málaga ó Almería: con no menor fundamento deben Almería ó Málaga apoyar á quien intente elevarlas á la condición jurídica de que gozan Vizcaya ó Navarra.

A las mismas provincias forales corresponde defender el derecho de sus hermanas. Están en ello interesados por igual su honor y su seguridad. Lo primero, porque procediendo así, no se podrá de ellas decir que defienden egoistamente su privilegio, sino que mantienen un orden de derecho que es común á todos. Lo segundo, porque la libertad ajena es para esas provincias la única verdadera garantía de conservación de la propia. Mientras la libertad regional sea una excepción, y las franquicias locales una especie de monopolio, eternamente pesará sobre ella la amenaza de la absorción. En esa liberticida empresa, los poderes centralizadores tendrían de su parte el mismo espíritu democrático que repugna toda exención privilegiada. Convertir el fuero exclusivo en derecho común, sería revestirle de un carácter de perpetua legitimidad, transformando en derechos de lo presente á las franquicias del pasado, á despecho de ese monarquismo perturbador, que, así como excindió la patria, también ha roto la tradición y turbado la continuidad de la historia.
